

mo un transmisor que conociera todos los idiomas, lo interpreta de distintas maneras. Y Augusto D'Halmar, nos canta aquí algo de su mundo interior, de lo que sus ojos vieron, en el correr del tiempo y de la vida.

Hermoso libro es «Palabras para canciones». Y aunque todas las palabras sirven para convertirlas en canciones. Augusto D'Halmar les ha infiltrado a éstas, esa magia, esa secreta armonía de quien vivió cultivando las palabras, a través de la emoción de la vida.

LAS CENIZAS.

<https://doi.org/10.29393/At204-7LCDI10007>

Mari Yan, va en su cuarta novela. Primero fué el «Abrazo de la tierra», luego publicó «Mundo en Sombra» y después «Espejo sin imagen». «Las cenizas» es otro eslabón que la autora pone en su carrera literaria, con afán sincero de conquistar y de afianzar un prestigio de escritor. Y debemos reconocer con placer, que este esfuerzo, que esta dedicación y este amor no han sido estériles, pues los libros de Mari Yan se han ido depurando en estilo y ganando en maestría para infundir a sus personajes los rasgos esenciales de vida y de carácter, que dan al lector la sensación de encontrarse frente a la realidad ennoblecida por el arte.

Mari Yan tiene una curiosa personalidad de escritora. Es fina y sensible, en cierto modo. Porque no hay en ella exaltación, ni tumulto, ni arrebató. Cuenta sus historias con cierto hieratismo de deidad que jamás quiere ni desea perder su compostura. El amor, las penas, la ausencia y el olvido, son en la escritora como un perfume agradable, pero que no cambia de matices emocionales. Parece escribir obsesionada por un pensamiento del cual no se puede abstraer. Y estas ideas fijas se reflejan en el carácter, de Marcela en este caso, de Andrés y de Agustín.

La figura de Marcela consigue despertar interés, simpatía y estimación en el lector, pero en ningún momento alcanza relieves apasionantes. ¿Es orgullosa? ¿Es fría? O se cree un ser excepcional. Y esto no sería raro, porque las mujeres siempre piensan en forma definitiva. No hay términos medios para ellas. Creen que son las más infelices, las más bellas, o las más inteligentes. ¿Por qué, Marcela, temperamento de mujer soñadora, se mete en un lío amoroso si no hay en ella condiciones para afrontar todas las situaciones difíciles, que por este escabroso camino encontrará?

A ratos, pensamos en que la culpa la tiene Andrés, que también, si hemos de atenernos estrictamente a la pintura que hace de él, quien le infundió vida, es un ser desvaído, sin ímpetu, sin espíritu, sin nada que haga pensar en que puede ser avasallado por ese huracán desatado, que es un gran amor.

Marcela y Andrés, son dos seres inertes frente a su destino. Quieren que los acontecimientos hagan lo que ellos no son capaces de realizar. En ninguno de los dos encontramos las condiciones para ser héroes. Les falta pasión, voluntad decidida de ser felices, aunque sea de esas furtivas ráfagas de ensueño que pueden permitir los convencionalismos sociales. El tal Andrés, no merece el cariño de esa mujer, ¿Qué hizo para conquistarla? ¿Qué hizo para retenerla? Deja la sensación de un egoísta, de un vanidoso que no se atreve a caminar para no ajarse la ropa. No convence como personaje de una aventura sentimental.

En cambio a ella, a Marcela le damos toda nuestra simpatía, aunque sea un personaje meramente ficticio. Pero en el mundo de la novela de Mari Yan, no lo es. Vive escondida en «Las Cenizas», así se llama el fundo del marido, entregada a sus sueños, a sus inútiles desvaríos. Pero hay en ella todos los atributos del ser que necesita ser reciamente conmovida, pues en cada día que amanece siente afirmarse un sordo rencor hacia ese Agustín, que vive entregado a los cálculos de la Bolsa

de Corredores. Ella necesita resarcirse de una vida pródiga en bienes materiales, pero mezquina en afectos.

Aunque un poco extática, la novela de Mari Yan, es interesante por muchos conceptos. Todo está allí en una atmósfera de tristeza, de rara desazón. Javier, Angélica, Pablo, Marcela, viven bajo el olímpico desdén de Agustín, especie de máquina de calcular, para quien el triunfo y la alegría consiste en el éxito de todas sus combinaciones bursátiles. Y esta novela tiene, además, certeras observaciones del ambiente y de la vida de la clase alta de la sociedad chilena.

VERTIENTE.

Este pequeño volumen, tan pulcra y bellamente editado, hace pensar en esas mañanas de primavera, cuando todo huele a flores, a pastos tiernos y a inseguros píos de pájaros que aun no han remontado el vuelo ni encuentran en su garganta la atrevida y graciosa modulación de un trino. Teresa Vidal tiene, sin duda, alma de poeta, que canta en tono menor. Son los primeros tanteos en la escala musical, prometedores y con cierta gracia infantil. Revelan un estado de alma diáfano y sin complicaciones. Es una vertiente que surge clara y transparente. Ella misma lo dice:

Agua cristalina
que desde la altura
en danza de ronda
golpeadita y pura
a saciar la sed
de tierra infecunda.
¡Los campos alegra!
¡El aire refresca!
Y luego al clarear
cantando se ausenta